

aducido por los diputados de la derecha y atacado por los del centro y los de la izquierda.

Tras prolongado debate, los partidos que formaron en la Cámara la coalición centro, resultarían victoriosos en la votación final e impusieron su criterio en la política religiosa a seguir. Se llegó, pues, a una transacción centrista entre las fuerzas políticas agentes del cambio y las inmovilistas. A la derecha se le negaba la unidad católica y se le concedía el mantenimiento del culto y clero católicos. A los de la izquierda no se les aceptaba la separación de la Iglesia y del Estado, pero se les reconocía el derecho a la libertad religiosa. Pero la solución hallada tenía que encontrar graves dificultades en su aplicación. La derecha inmovilista perdía con ella su poder de control político. La izquierda se consideraba traicionada en esos ideales revolucionarios que habían cobrado esperanza en septiembre del 68. Lo cierto es que en España existía un desfase de las estructuras con respecto a los demás países europeos. No se había formado todavía una clase media, con base en las actividades industriales y comerciales, lo suficientemente amplia para apoyar los esfuerzos liberalizadores en una sociedad que conservaba todavía muchos restos del antiguo régimen. La izquierda, que por reacción surgía en las zonas más progresivas del país, resultaba demasiado extremista para ser aceptada en una convivencia pluralista.

El trabajo del doctor Santiago Petschen Verdaguer¹, profesor adjunto de la cátedra de Derecho Público Eclesiástico y relaciones de la Iglesia y el Estado en la Facultad de Ciencias Políticas de la Complutense, ha conseguido con acierto plantear un problema tan antiguo y tan actual como el de las dos Españas, centrado esta vez en un punto muy concreto como el de las relaciones Iglesia - Estado, y estudiado bajo la triple vertiente histórica, sociológica y político - jurídica, en cuanto que el autor no sólo se fija en las intervenciones de los diputados — líderes cualificados y representativos de los diversos grupos, tendencias e ideologías —, sino que ha buscado una explicación más profunda no sólo en la ideología del grupo, sino incluso en

los rasgos personales, educación y forma de pensar de cada uno de ellos, profundizando en sus vidas y buscando los factores que hayan podido influir en sus actitudes: origen social y regional, familia, educación, circunstancias económicas, sociales y profesionales, etc. Todo ello enmarcado en el conjunto doctrinal y en el programa político de los grupos a que pertenecen hace que el trabajo resulte sumamente útil no ya sólo para el conocimiento del debate parlamentario, sino también para adentrarse en el mosaico de doctrinas, actitudes y programas político - religiosos de la segunda mitad del siglo XIX español. ■ J. A. F.

LAS COPLAS DEL DESASTRE

Comenzaron a llegar un caloroso día de agosto. Muchos venían enfermos; no pocos anémicos y macilentos bajo su traje de rayadillo; alguno, «cojo, manco, sordo y tuerto»... Eran los soldados que tiempo atrás habían embarcado para Cuba, dispuestos a un paseo militar frente a unos yanquis poco menos que analfabetos, según les decían. Por eso los versos del embarque cantaban:

*«Pascual, con otros soldados,
para la guerra se embarca,
va a jugar su vida en Cuba
más alegre que unas pascuas.»*

Corría el año 1898. Muchas fueron las coplas y los versos. Hubo de todo. La copla patriótica del triunfalismo suicida y la copla patriota de la queja... Trescientas muestras de ella ha recogido el profesor español, nacionalizado hoy norteamericano, Carlos García Barrón¹, rastreándolas en un centenar de publicaciones de la época.

No llega García Barrón a las que se cantaron sólo de una manera callejera, sin pasar a la letra impresa. Pero de todas formas, la muestra es sobradamente representativa, aunque uno eche de menos aquella copla que cantaba Dorotea, «la criada vie-

ja», personaje del barojiano «El árbol de la ciencia»:

*«Parece mentira que por unos mulatos
estemos pasando tan malitos ratos;
a Cuba se llevan la flor de la España,
y aquí no se queda más que la
[moralla]»²*

García Barrón divide su libro en tres capítulos, que siguen las fases sucesivas de la guerra y la paz. La llegada del duro general Weyler, que intentó aislar a Maceo con su política de «reconcentración» («Destruir piensa el hombre, / para librarlas, / todas las poblaciones / de un modo lento»); la voladura del acorazado americano «Maine» («¿Qué el Maine se hundió en los mares, / que hizo ¡Patapún! / Bien están con los atunes... / esos pedazos de atún.»); los pasos previos a la declaración de guerra («¡Paso a la raza latina / que muere por la bandera!»); la guerra («Tienen los yankees orgullo / y también tienen millones, / mas no tienen... ¡una cosa / que tienen los españoles!»); los soldados que van a la guerra; las luchas y derrotas; la repatriación; la paz y el desmembramiento...



Este cancionero es un excelente documento sociológico e ilustra desde una vertiente popular sobre algunas claves del 98. Roberto Mesa escribe en su magnífica introducción («Mitología del 98»): «Nos proporciona los

¹ Iglesia - Estado. Un cambio político. Los Constituyentes de 1869, por Santiago Petschen. Madrid, Taurus, 1975, 432 páginas.

¹ Carlos García Barrón: Cancionero del 98. Edicusa, 278 págs.

² El árbol de la ciencia, Editorial Planeta, 1961. pag. 245.

instrumentos previos para proceder a una delimitación de la conciencia popular ante la mayor catástrofe que habían vivido los españoles de aquel entonces, la pérdida del mítico imperio colonial.» Y más adelante opina que aquella situación, «por suerte o desgracia, todavía pesa sobre la conciencia y la ideología de los españoles y configura aún sus textos escolares». Tal vez sea así y todavía hasta el lenguaje de la calle recoge las palabras de «ultramarinos» y «coloniales», tres cuartos de siglo después de que esos productos dejaran de ser desde luego coloniales y en no pocos casos hasta ultramarinos...

Buena parte de la conciencia popular que se trasluce y transparenta en estos versos informaría la ideología de la generación del 98. De la generación del 98 por antonomasia (es decir, la que Azorín bautizó y Baroja negó, la de ellos dos y Unamuno y Machado y Maeztu y demás compañeros) y de la otra, la que se ha llamado generación sociológica del 98 y en la que entrarían Joaquín Costa, Lucas Mallada, Julio Cejador, Macías Picavea, Damián Isern...

Así, por ejemplo, en el poema «Albión», de Emilio Fernández Vaamonde, publicado en «La Ilustración» el 8 de diciembre de 1898, aparece por tres veces la expresión «pérfida Albión». Esta expresión aparecerá también en escritos de Macías Picavea, quien por cierto utilizará, asimismo, la expresión «¡Arriba España!». Esto (pero, evidentemente, no sólo esto) ha llevado a hablar del prefascismo que, más o menos, se incardinaba en esta generación. El tan cacareado «cirujano de hierro», que pedía Joaquín Costa, la obsesión antiparlamentaria y antiliberal, el basamento y la invocación en la pequeña burguesía, etc..., serían otros rasgos en apoyo de esta afirmación. Recuérdese que Joaquín Costa hablará en unos juegos florales de Salamanca el año 1901, a propósito de esta pequeña burguesía que consideraba marginada en el sistema canovista de la Restauración, de la «masa neutra». Es decir, en palabras de hoy, de la «mayoría silenciosa».

Retomando el tema generacional que hemos apuntado más arriba, diremos que no estaban tan lejos la una de la otra y en vez de irnos por teorías vamos a poner un ejemplo práctico que, yo por lo menos, no he visto citado.

La canción de la vieja criada Dorotea se inserta por Baroja en «El árbol de la ciencia», novela considerada como una de las más arquetípicas del «noventayochismo». En la novela hay una conversación entre el protagonista —el joven médico Andrés Hurtado— y el doctor Iturrioz, donde éste expresa su pesimismo ante la guerra hispano - yanqui que se avecina y que la gente mira con estúpida e injustificada alegría. Pues bien, en las «Memorias» de Baroja, la misma conversación aparece copiada casi literalmente entre dos conversadores, que esta vez son el joven Baroja (en el caso anterior Andrés Hurtado) y don Lucas Mallada (en la novela, doctor Iturrioz). Mesa cita en su introducción esta charla —tomada de las «memorias»—, pero le ha faltado indicar su origen o, mejor dicho, su versión novelesca o literaria cuarenta años atrás³. Claro que si Mesa no se remonta hacia atrás, sí se proyecta, en cambio, hacia adelante. Y lo hace cuando con brillantez enlaza el 98 y la «Reivindicación del conde don Julián», de Juan Goytisolo («el 98 sigue siendo una de las constantes del actual pensamiento español (...) constante que, a veces, se hace obsesiva; como si se tratase de un trauma, de un mal sueño del que hay que desembarazarse para llegar a la liberación. Ejemplo máximo de este proceso, casi psicoanalítico, es el camino iniciado por Juan Goytisolo...»). ■ VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.

EL PODER ECONOMICO EN ESPAÑA (1939-1970)

Con una intención divulgadora y con el fin de hacer este trabajo accesible

³ **Obras completas**, páginas 651 y 652, tomo VII, y en **El árbol de la ciencia**, citado anteriormente. En **El árbol de la ciencia**, escribe Baroja: «El padre de Hurtado creía en la victoria española; pero en una victoria sin esfuerzo; los yanquis, que eran todos vendedores de tocino...» En diversos versos se hace alusión al tocino y a los cerdos como «leit-motiv». Así hay una composición titulada «Tocinerías»; en otra, llamada «Comunicado», protesta «un cerdo de doce arrobas por ser comparado a los «yankees» a quien «Ha dado la prensa toda / por patrióticos arranques, / en llamar, siendo ya moda, / sucios cerdos a los yankees... Más adelante dice «el cerdo de doce arrobas»: «Y nunca, por nuestro mal, / comparen en sus secciones / aquella materia asnal / con nuestros ricos jamones»...

a un público más amplio, Carlos Moya —catedrático de Sociología—, en «El poder económico en España (1939-1970)»¹ sintetiza en unas ocasiones y amplía en otras una serie de estudios ya publicados: «Las élites económicas y el desarrollo español» («La España de los años 70»). Estudios y Publicaciones, Madrid); «Burocracia y sociedad industrial» (Edicusa, Madrid, 1972), y una investigación sobre «las élites empresariales en el desarrollo económico español» (Fundación March, Confederación Cajas de Ahorro). En esta ocasión, el presente trabajo ha sido aligerado de la parte expositiva del desarrollo sistemático llevado a cabo para realizar la investigación científica, permaneciendo solamente aquellas referencias imprescindibles para el buen entendimiento de las hipótesis apuntadas.

¿Cuál es, en última instancia, el objeto de este libro? Moya lo dice para iniciar el juego: «Este ensayo se pregunta también por un cierto sujeto histórico-social: El protagonista del desarrollo económico español contemporáneo. Para determinar un poco el sentido de tal formulación y aproximarnos mínimamente al lenguaje científico-social conviene delimitar mínimamente ese protagonismo: en verdad, el sujeto práctico real del desarrollo económico español es toda la sociedad española confluyendo con sus actividades en este proceso, sin prescindir, a escala mundial, de todos los humanos que en una u otra forma han intervenido en dicho resultado colectivo. No nos interesa hablar sobre esa totalidad, sino, específicamente, sobre el sujeto «estratégico» de dicho desarrollo, sobre la específica categoría social a la que resulte científicamente imputable el «control» y «gestión» de tal proceso.»

La primera dificultad para llevar adelante esta empresa es la de encontrar el modelo académico que sirva para analizar las características de nuestro capitalismo. ¿Son viables la aplicación de esquemas inspirados en el modelo analítico americano o, siquiera, de aquellos esquemas generales aplicados al desarrollo capitalista occidental? Más bien parece necesaria, según Carlos Moya, la búsqueda de una tipología de la gestión empresarial, válida para el desa-

¹ **El poder económico en España (1939-1970)**, Túcar Ediciones, Madrid, 1975.